

TEMPLO HERMANA TERESA

"¡Verdad!"

20/06/2026



“¡Verdad!”

Queridos hermanos y hermanas

Hay una verdad que no necesita ser defendida con grandes discursos, porque se sostiene por sí misma. Es una verdad sencilla, profunda y eterna: los hechos hablan por sí solos.

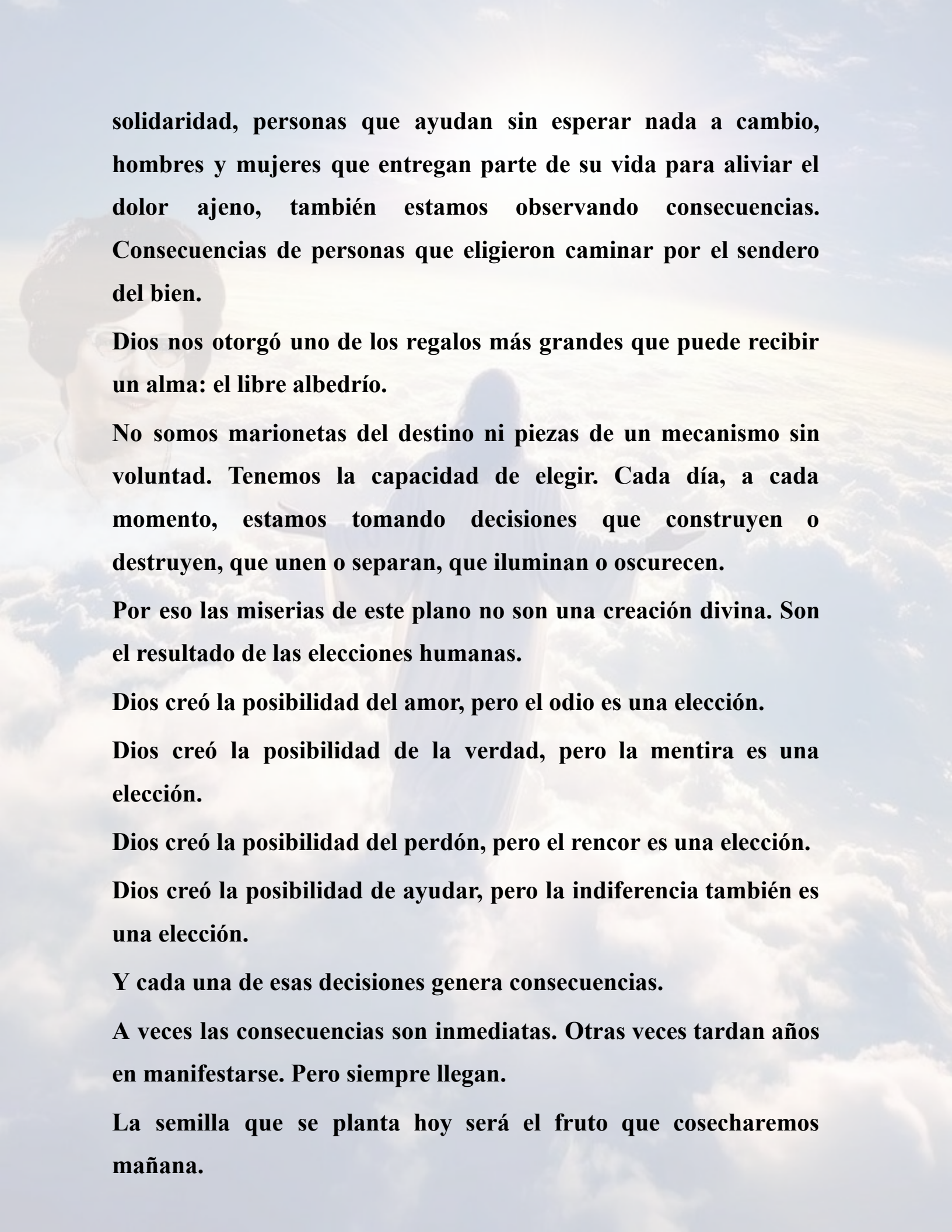
Las palabras pueden convencer por un momento. Las apariencias pueden engañar durante un tiempo. Las excusas pueden intentar justificar lo injustificable. Pero tarde o temprano son los hechos los que terminan revelando quiénes somos realmente.

Vivimos en un mundo donde muchas veces las personas buscan ser reconocidas por lo que dicen, cuando en realidad deberían ser reconocidas por lo que hacen. Porque las palabras nacen de la boca, pero los hechos nacen del corazón.

Y es precisamente observando los hechos de la humanidad que podemos comprender gran parte de las miserias que existen en este plano.

Cuando vemos guerras, injusticias, abusos, engaños, traiciones, egoísmos y sufrimientos innecesarios, no estamos viendo simplemente acontecimientos aislados. Estamos viendo las consecuencias de decisiones tomadas por seres humanos que eligieron alejarse del bien.

Del mismo modo, cuando vemos gestos de amor, actos de



solidaridad, personas que ayudan sin esperar nada a cambio, hombres y mujeres que entregan parte de su vida para aliviar el dolor ajeno, también estamos observando consecuencias. Consecuencias de personas que eligieron caminar por el sendero del bien.

Dios nos otorgó uno de los regalos más grandes que puede recibir un alma: el libre albedrío.

No somos marionetas del destino ni piezas de un mecanismo sin voluntad. Tenemos la capacidad de elegir. Cada día, a cada momento, estamos tomando decisiones que construyen o destruyen, que unen o separan, que iluminan o oscurecen.

Por eso las miserias de este plano no son una creación divina. Son el resultado de las elecciones humanas.

Dios creó la posibilidad del amor, pero el odio es una elección.

Dios creó la posibilidad de la verdad, pero la mentira es una elección.

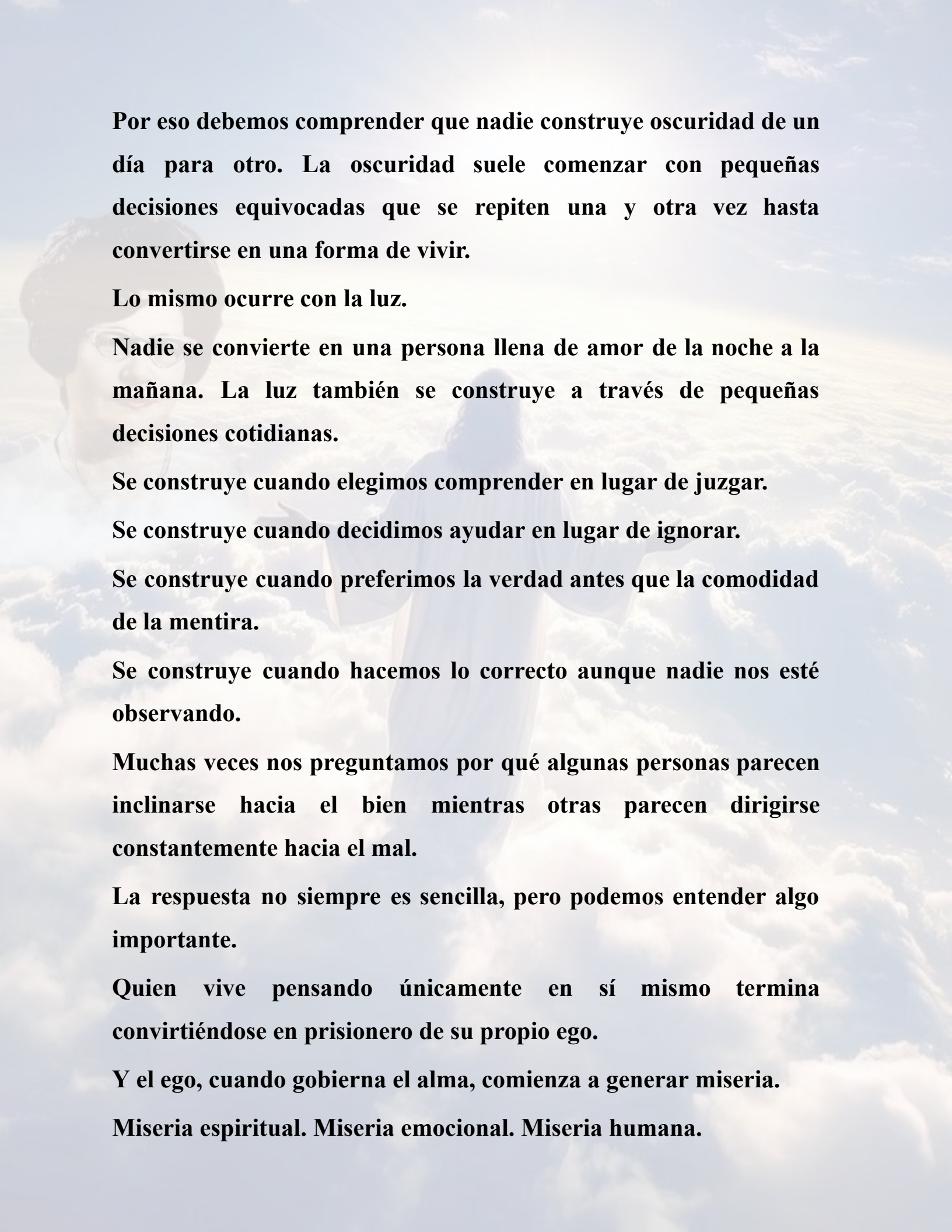
Dios creó la posibilidad del perdón, pero el rencor es una elección.

Dios creó la posibilidad de ayudar, pero la indiferencia también es una elección.

Y cada una de esas decisiones genera consecuencias.

A veces las consecuencias son inmediatas. Otras veces tardan años en manifestarse. Pero siempre llegan.

La semilla que se planta hoy será el fruto que cosecharemos mañana.



Por eso debemos comprender que nadie construye oscuridad de un día para otro. La oscuridad suele comenzar con pequeñas decisiones equivocadas que se repiten una y otra vez hasta convertirse en una forma de vivir.

Lo mismo ocurre con la luz.

Nadie se convierte en una persona llena de amor de la noche a la mañana. La luz también se construye a través de pequeñas decisiones cotidianas.

Se construye cuando elegimos comprender en lugar de juzgar.

Se construye cuando decidimos ayudar en lugar de ignorar.

Se construye cuando preferimos la verdad antes que la comodidad de la mentira.

Se construye cuando hacemos lo correcto aunque nadie nos esté observando.

Muchas veces nos preguntamos por qué algunas personas parecen inclinarse hacia el bien mientras otras parecen dirigirse constantemente hacia el mal.

La respuesta no siempre es sencilla, pero podemos entender algo importante.

Quien vive pensando únicamente en sí mismo termina convirtiéndose en prisionero de su propio ego.

Y el ego, cuando gobierna el alma, comienza a generar miseria.

Miseria espiritual. Miseria emocional. Miseria humana.

Porque el ego siempre quiere más.

Más reconocimiento. Más poder. Más control. Más beneficios. Y nunca queda satisfecho.

Por el contrario, quien aprende a mirar más allá de sí mismo descubre algo extraordinario: que la verdadera riqueza no está en lo que acumula, sino en lo que entrega.

La persona que ayuda crece. La persona que ama se fortalece. La persona que sirve encuentra propósito.

Y allí aparece una de las grandes paradojas de la vida.

Quien vive para sí mismo termina vacío. Quien vive para los demás termina lleno.

Los hechos hablan por sí solos.

No hace falta preguntar quién vive con paz. Se nota.

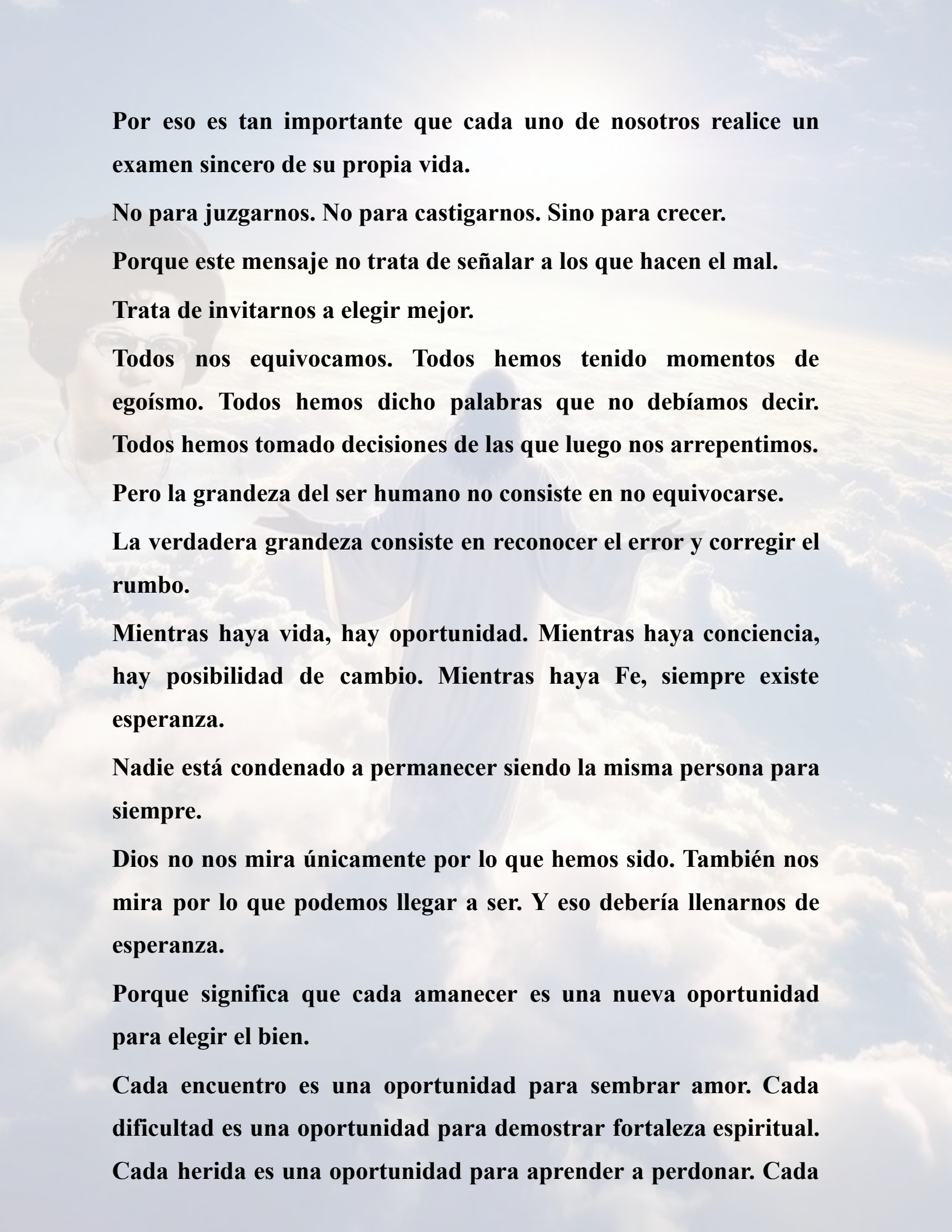
No hace falta preguntar quién vive en guerra consigo mismo. También se nota.

No hace falta preguntar quién cultiva amor. Sus acciones lo revelan.

No hace falta preguntar quién alimenta resentimientos. Sus hechos terminan exponiéndolo.

Porque la vida tiene una manera silenciosa pero infalible de mostrar la verdad.

Podemos ocultar nuestras intenciones durante un tiempo, pero no podemos ocultar eternamente las consecuencias de nuestros actos.



Por eso es tan importante que cada uno de nosotros realice un examen sincero de su propia vida.

No para juzgarnos. No para castigarnos. Sino para crecer.

Porque este mensaje no trata de señalar a los que hacen el mal.

Trata de invitarnos a elegir mejor.

Todos nos equivocamos. Todos hemos tenido momentos de egoísmo. Todos hemos dicho palabras que no debíamos decir.

Todos hemos tomado decisiones de las que luego nos arrepentimos.

Pero la grandeza del ser humano no consiste en no equivocarse.

La verdadera grandeza consiste en reconocer el error y corregir el rumbo.

Mientras haya vida, hay oportunidad. Mientras haya conciencia, hay posibilidad de cambio. Mientras haya Fe, siempre existe esperanza.

Nadie está condenado a permanecer siendo la misma persona para siempre.

Dios no nos mira únicamente por lo que hemos sido. También nos mira por lo que podemos llegar a ser. Y eso debería llenarnos de esperanza.

Porque significa que cada amanecer es una nueva oportunidad para elegir el bien.

Cada encuentro es una oportunidad para sembrar amor. Cada dificultad es una oportunidad para demostrar fortaleza espiritual.

Cada herida es una oportunidad para aprender a perdonar. Cada

caída es una oportunidad para volver a levantarnos.

Las miserias de este plano existen, y sería ingenuo negarlo. Existen la injusticia, el dolor, la violencia y la indiferencia. Pero también existe algo mucho más poderoso.

Existe la capacidad humana de transformar la realidad a través del bien.

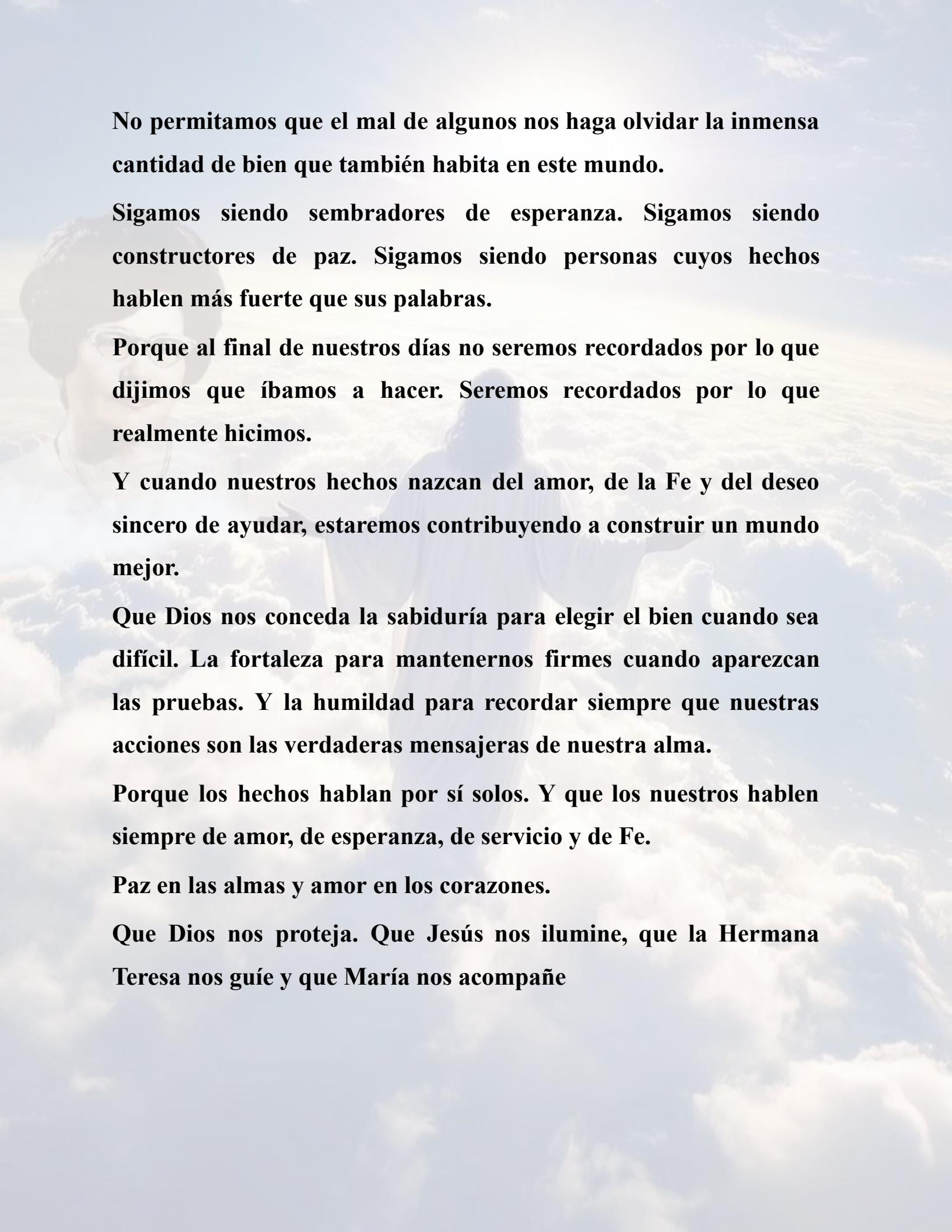
Cada vez que una persona ayuda a otra, el mal retrocede un poco. Cada vez que alguien decide actuar con honestidad, la oscuridad pierde terreno. Cada vez que una persona responde con amor donde esperaba odio, el mundo mejora.

Tal vez no podamos cambiar el planeta entero. Tal vez no podamos resolver todos los problemas de la humanidad. Pero sí podemos decidir qué clase de huella dejaremos en nuestro camino.

Podemos decidir qué semillas plantaremos. Podemos decidir qué legado construiremos. Podemos decidir si seremos parte del problema o parte de la solución. Y aunque nuestras acciones parezcan pequeñas, nunca debemos subestimarlas. Porque una palabra de aliento puede salvar un alma que está a punto de rendirse. Una mano extendida puede devolver la esperanza a quien la había perdido. Un gesto de amor puede cambiar una vida para siempre.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, no permitamos que las miserias de este plano nos hagan perder la Fe.

No dejemos que la oscuridad nos convenza de que la luz no existe.



No permitamos que el mal de algunos nos haga olvidar la inmensa cantidad de bien que también habita en este mundo.

Sigamos siendo sembradores de esperanza. Sigamos siendo constructores de paz. Sigamos siendo personas cuyos hechos hablen más fuerte que sus palabras.

Porque al final de nuestros días no seremos recordados por lo que dijimos que íbamos a hacer. Seremos recordados por lo que realmente hicimos.

Y cuando nuestros hechos nazcan del amor, de la Fe y del deseo sincero de ayudar, estaremos contribuyendo a construir un mundo mejor.

Que Dios nos conceda la sabiduría para elegir el bien cuando sea difícil. La fortaleza para mantenernos firmes cuando aparezcan las pruebas. Y la humildad para recordar siempre que nuestras acciones son las verdaderas mensajeras de nuestra alma.

Porque los hechos hablan por sí solos. Y que los nuestros hablen siempre de amor, de esperanza, de servicio y de Fe.

Paz en las almas y amor en los corazones.

Que Dios nos proteja. Que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe